

VI

LA IGLESIA DEL CARMINE

Masaniello era uno de esos hombres privilegiados, en los que no solo su talento, sino su fisico, parece que adquiere mayores proporciones con las circunstancias. El duque de Arcos al enviarle el rico traje que el pescador vestia, lo habia hecho con la esperanza de hacerle ridiculo. Masaniello se vistió con él, y Masaniello tenia el aspecto de un rey.

Asi avanzó en medio del griterío de la asombrada multitud, manejando su caballo con tanta destreza y poder, como hubiera podido hacerlo el mejor ginete de la corte del virey; porque siendo niño Masaniello, por placer habia domado mas de una vez esos caballitos cuya raza han dejado en Calabria los sarracenos en su conquista, y

que hoy todavia se ven errantes en completa libertad por la montaña.

Ademas, era seguido de un acompañamiento como pocos soberanos podrán vanagloriarse de haberlo llevado: iban detrás ciento cincuenta compañías entre caballeria é infanteria, organizadas por él, y mas de sesenta mil personas sin armas. Toda esta escolta gritaba: ¡viva Masaniello! De modo que al aproximarse al palacio, parecia un triunfador que va á entrar en su morada.

Apenas Masaniello apareció en la plaza, el capitán de los guardias del virey se presentó en la puerta para recibirle. Entonces Masaniello volviéndose hácia la multitud que le acompañaba:

— Amigos míos, dijo; no sé lo que pasará entre su esclencia el duque y yo; pero suceda lo que quiera, tened bien presente que jamás me he propuesto ni me propondré mas que el bien público. Asegurado el bien y dada á todos la libertad, volveré á ser el pobre pescador que habeis visto, y no pido como espresion de vuestro reconocimiento mas que una *Ave-Maria* pronunciada por cada uno de vosotros á la hora de mi muerte.

Entonces el pueblo comprendió perfectamente que Masaniello temia ser atraído á algun lazo, y que contra su voluntad iba á entrar en palacio. Millares de voces se elevaron para rogarle se hiciese acompañar de una guardia.

— No, dijo Masaniello, no; los negocios que vamos á tratar su esclencia y yo, exigen los discutamos sin testigos. Dejadme, pues, entrar solo. Pero si tardase demasiado en salir, caed sobre ese palacio, y no dejéis de él piedra sobre piedra sin encontrar mi cadáver.

Todos se lo juraron, los hombres armados elevando sus armas, los desarmados estendiendo los puños hácia el virey. Entonces Masaniello desmontó, atravesó á pié parte de la plaza seguido del capitán de guardias, y desapareció tras la gran puerta del palacio. En el momento en que

desapareció, se levantó tan gran rumor, que el vírey preguntó temblando si acababa de estallar alguna nueva asonada.

Masaniello encontró al duque de Arcos esperándole en lo alto de la escalera. Al verle se inclinó Masaniello. El vírey le dijo que le era debida una recompensa por haber contenido tan bien á aquella multitud, haber hecho tan pronta justicia, y organizado maravillosamente su ejército; que esperaba que aquel ejército, reunido al de los españoles, se dirigiría contra los comunes enemigos, y que haciéndolo así, Masaniello habria prestado á Felipe IV el mayor servicio que súbdito alguno puede prestar á su soberano. Masaniello respondió que ni él ni el pueblo se habian sublevado jamás contra Felipe IV, como lo podian atestiguar los retratos del rey espuestos con todo respeto en todas las esquinas de las calles; que únicamente habia querido aliviar al tesoro de los sueldos que se pagaban á todos aquellos recaudadores que recargaban las gabelas, sueldos (Masaniello habia mandado hacer el cálculo) que escedian en una tercera parte á los impuestos que percibian, y que acordado que Nápoles gozase en lo sucesivo de las inmunidades concedidas por Carlos V, prometia por sí, y se comprometía por el pueblo de Nápoles, que haria todo lo que se creyese útil al servicio del rey.

Entonces entraron los dos en la habitacion donde los esperaba el cardenal Filomarino, y allí comenzó entre aquellos tres hombres tan distintos por su estado, su carácter y posicion, una discusion meditada y detenida acerca de los derechos del trono y de los intereses del pueblo. Mas como aquella discusion se prolongase, y el pueblo, no viendo volver á aparecer á su gefe gritase en alta voz: ¡Masaniello! ¡Masaniello! y sus gritos comenzaban á alarmar al duque y al cardenal, hasta tal punto iban en aumento, Masaniello sonrió por sus temores, y les dijo:

— Voy á haceros ver señores, cuán obediente es el pueblo de Nápoles.

Abrió el balcon, y se acercó á la barandilla. Al verle todas las voces se reunieron en un solo grito: ¡viva Masaniello! Pero este no tuvo mas que poner el dedo en su boca, y toda aquella multitud quedó silenciosa, que pareció por un momento que la ciudad del eterno clamoreo quedó muerta como Herculano y Pompeya. Entonces con su voz natural, que fué oida por todos, tan grande era el silencio:

— Está bien, dijo; no os necesito; retírense todos bajo pena de rebelión.

Al punto se retiraron sin hacer una observacion, sin pronunciar una palabra, y cinco minutos despues, aquella plaza ocupada por mas de ciento veinte mil almas, se quedó enteramente desierta, á escepcion del centinela y del lazzaroni que tenia de la brida el caballo de Masaniello.

El duque y el cardenal se miraron con espanto, porque hasta aquel momento no habian comprendido el terrible poder de aquel hombre.

Aquel poder probó á los dos políticos con quienes Masaniello tenia que habérselas, que por el pronto al menos, no podian rehusar nada de lo que pedia; así que se acordó antes que se separase el triunvirato que decidia los destinos de Nápoles, que se leeria, firmaria y confirmaria públicamente la supresion de los impuestos, en presenencia de todo el pueblo, el cual, repetía Masaniello, no se habia sublevado mas que para obtener su abolicion.

Decidido este punto, como era el único por el que Masaniello habia ido á palacio, pidió permiso al duque de Arcos para retirarse. El duque le dijo que era dueño de hacer lo que gustase, que era vírey como él, que por tanto aquel palacio le pertenecía por mitad, y que podia cuando quisiera entrar ó salir. Masaniello se inclinó de

nuevo, volvió á conducir al cardenal hasta su palacio, cabalgando á su lado, pero de manera, sin embargo, que el caballo del cardenal adelantase siempre al suyo toda la cabeza; despues de entrar el cardenal en su casa, Masaniello volvió á la plaza del Mercado, donde encontró reunida toda aquella multitud que habia despedido en la plaza del palacio, y en medio de la que pasó la noche despachando los asuntos públicos y contestando á todos los pedimentos que se le presentaban.

Aquel hombre parecia estar por encima de las necesidades humanas: en cinco dias que contaba de existencia su poder, no le habian visto ni comer ni dormir; únicamente algunas veces hacia que le llevasen un vaso de agua con unas gotas de limon.

El dia siguiente era el fijado para la ratificacion del tratado y confirmacion de la paz en la iglesia catedral de Santa Clara. Así por la mañana vió Masaniello llegar dos caballos magníficamente enjaezados, uno para él y otro para su hermano. Era esta nueva atencion de parte del virey. Montaron los dos jóvenes y se dirigieron al palacio.

Allí encontraron al duque de Arcos y toda la córte que los esperaba. Una numerosa cabalgata se reunió á ellos. El duque de Arcos hizo colocar á Masaniello á su derecha, á su hermano á la izquierda, y seguido de todo el pueblo, se dirigió hácia la catedral, donde el cardenal Filomarino, que era arzobispo de Nápoles, los recibió al frente de toda su clerecía.

Al instante se colocaron todos segun el rango que habian recibido de Dios ó el que ellos mismos se habian creado: el cardenal en medio del coró, el duque de Arcos en una tribuna, y Masaniello, con la espada desenvainada en la mano, cerca del secretario que leia los articulos, y que imponia silencio á cada artículo que leia. Masaniello repetia el artículo, esplicando su sentido al pueblo y comen-

tándole como el mas hábil legista hubiera podido hacerlo, despues de lo cual, á una señal de que no habia que decir, pasaba el secretario al artículo siguiente.

Leidos y comentados todos los articulos de este modo, se comenzó el Sacrificio divino, que terminó por un *Te Deum*.

Una gran comida estaba preparada para los principales actores de aquella escena en los jardines del palacio. Habian sido invitados Masaniello, su mujer y su hermano. Masaniello, para quien se hacian todos aquellos obsequios, quiso, como siempre, negarse; pero el cardenal Filomarino habia intervenido, y á fuerza de instancias habia tobenido del jóven lazzaroni que no haria al virey la ofensa de negarse á comer á su mesa. Masaniello, pues, aceptó.

Sin embargo, podia verse en su rostro, ordinariamente tan franco y abierto, algo como una nube sombría, que no pudieron borrar los gritos de amor del pueblo, que comunmente tenian tanta influencia sobre él. Observóse que al volver de la catedral al palacio iba con la cabeza inclinada sobre el pecho, y se podia ver tanto mejor la tristeza en su semblante, cuanto que por respecto al virey, y contrariando su reiterada invitacion de cubrirse, Masaniello, á pesar del sol de fuego que caia sobre él, tuvo constantemente su sombrero en la mano. Así al llegar á palacio y antes de ponerse á la mesa, pidió un vaso de agua mezclada con limon. Se le presentaron, y como estaba sofocado, se le bebió de un sorbo; mas á penas lo bebió se puso tan pálido, que la duquesa le preguntó qué era lo que tenia. Masaniello le respondió que sin duda aquella agua fria le habia hecho daño. Entonces la duquesa sonriendo le dió á respirar un ramillete. Masaniello acercó sus labios para besarle en señal de respeto; pero casi al punto que le tocó, con un movimiento rápido é involuntario le arrojó lejos de sí. La duquesa vió aquel movimien-

to, pero al parecer no fijó en él su atención, y habiéndose sentado á la mesa, hizo colocarse á Masaniello á su derecha y al hermano de Masaniello á su izquierda. En cuanto á la mujer de Masaniello, el sitio que la estaba reservado era entre el duque y el cardenal Filomarino.

Masaniello estuvo sombrío y mudo mientras duró la comida; parecia sufrir de un mal interior de que no queria quejarse. Su pensamiento parecia ausente de allí, y cuando el duque le invitó á beber á la salud del rey, fué preciso que le repitiera dos veces la invitacion antes de que diera señales de oírlo. Al fin se levantó y cogió el vaso con temblorosa mano; pero en el momento en que iba á llevarle en los labios, le faltaron las fuerzas y cayó desmayado.

Este accidente hizo gran sensacion. El hermano de Masaniello se levantó mirando al virey con terrible aspecto; su mujer se deshizo en lágrimas, pero el virey con la mayor tranquilidad hizo observar que semejante debilidad no era de admirar en un hombre que hacia seis dias y seis noches casi no habia comido ni dormido, y habia pasado todo ese tiempo en violentos ejercicios, espuesto á los rayos de un sol abrasador, ó en asiduos trabajos que debian afectar su juicio tanto mas, cuanto menos acostumbrado estaba á ellos. Por lo demas, mandó que se prodigasen á Masaniello todos los cuidados imaginables, le hizo trasportar á palacio, le acompañó el mismo, y mandó que fuesen á buscar á su propio médico.

Llegó el médico cuando Masaniello volvió en sí, y declaró que efectivamente su indisposicion no provenia de otra cosa que de una prolongada fatiga, y no tendria ninguna consecuencia si consentia en interrumpir por un dia ó dos los trabajos corporales y de imaginacion á que se dedicaba hacia algun tiempo.

Masaniello sonrió amargamente; en seguida, con el ade-

man con que Hércules arrancó de sus hombros la túnica emponzoñada de Nessus, desgarró los vestidos de tejido de plata con que le habia adornado el virey, y pidiendo con grandes gritos su trage de pescador, que habia quedado en su casita de la plaza del Mercado, corrió á las caballerizas medio desnudo, montó en el primer caballo que vió y se lanzó fuera del palacio.

El duque le vió alejarse, y cuando le perdió de vista :

— Ese hombre ha perdido la cabeza, dijo; viéndose tan encumbrado, se ha vuelto loco.

Y los cortesanos repitieron á coro que Masaniello estaba loco.

Entretanto Masaniello corria efectivamente por las calles de Nápoles como un insensato, á todo el galope de su caballo, derribando á todos los que encontraba á su paso y no deteniéndose sino para pedir agua. Se abrasaba su pecho.

Por la noche volvió á la plaza del Mercado; sus ojos tenían el brillo de la fiebre; deliraba y en su delirio daba las órdenes mas estravagantes y mas contradictorias. Obedecieron las primeras, pero no tardaron en conocer que estaba loco, y habian cesado de ejecutarlas.

Toda la noche velaron á su lado su hermano y su mujer.

Al dia siguiente parecia que estaba mas tranquilo; sus dos asistentes le dejaron para ir á descansar un poco á su vez; mas apenas salieron, Masaniello se vistió con los restos de su brillante trage de la vispera, y pidió su caballo con voz tan imperiosa, que se le llevaron. Montó en él de un salto, sin sombrero, sin jubon, sin mas que una camisa desgarrada y un calzon hecho girones, y se lanzó al galope hácia el palacio. No reconociéndole el centinela, saltó de su caballo á tierra, penetró hasta donde se hallaba el virey, le dijo que se moria de hambre, y le pidió de comer; un momento despues anunció al virey que acababa de dispo-

ner una merienda fuera de la ciudad, y le invitaba á que fuese á tomar parte en ella; pero el virey, que ignoraba lo que habia en aquello de verdadero ó falso, y que solo veia delante á un hombre cuya imaginacion estaba estraviada, pretestó una indisposicion y se negó á seguir á Masaniello. Entonces este, sin insistir mas, bajó la escalera, volvió á montar á caballo, y saliendo de la ciudad, dió casi la vuelta á toda ella al galope y bajo un sol ardiente, de modo que volvió á entrar en su casa bañado en sudor. En todo el camino, como la víspera, habia pedido de beber, y se calculó que habia debido beber hasta seis botijos de agua. Rendido de fatiga, se acostó.

En aquellos dos dias de locura, Ardizzone, Renna y Caltaneo, que se habian eclipsado durante la dictadura de Masaniello, volvieron á recobrar su influencia y se reparcieron la custodia de la ciudad.

Masaniello se habia arrojado sobre su lecho y habia caido al punto en un profundo letargo; pero hácia la media noche se despertó, y aunque sus musculosos miembros estaban agitados con un último estremecimiento, aunque sus ojos brillaban con un resto de fiebre, se sentia mejor. En aquel momento se abrió su puerta, y en lugar de su mujer y de su hermano, á quienes esperaba ver presentarse, entró un hombre envuelto en un ancho manto negro, con el rostro enteramente oculto bajo un fieltro del mismo color, y acercándose silencioso al miserable lecho en que estaba tendido aquel hombre poderoso que con una señal disponia de la vida de cuatrocientos mil de sus semejantes:

— Masaniello, dijo, ¡pobre Masaniello! Y al mismo tiempo separó su manto y dejó ver su rostro.

— ¡Salvator Rosa! exclamó Masaniello reconociendo á su amigo, á quien hacia cuatro dias habia perdido de vista, habiendo estado ocupado Salvator con la compañía de la

Muerte, en rechazar á los españoles que habian querido entrar en Nápoles por la parte de Salerno.

Y los dos amigos se arrojaron en los brazos uno de otro.

— Sí, sí; ¡pobre Masaniello! dijo el pescador-rey volviendo á caer sobre su lecho. Es verdad, se han portado conmigo perfectamente, y he tenido razon en fiarme de ellos! Mas no me expreso exactamente al decir que me he fiado de ellos. Jamás crei en sus halagüeñas palabras, jamás tuve fé en sus grandes promesas. Ese infame carleñal Filomarino es la causa de todo, y quien me ha engañado en el santo nombre de Dios.

Salvator Rosa escuchaba á su amigo con admiracion.

— ¡Cómo! dijo, ¿no será cierto lo que me han dicho?

— ¡Y qué te han dicho, Salvator amigo mio? replicó tristemente Masaniello.

Salvator se calló.

— ¿Te han dicho que estaba loco, no es así? continuó Masaniello.

Salvator hizo una señal afirmativa con la cabeza.

— Sí, sí; ¡los miserables! ¡Oh! los reconozco perfectamente en eso. No, Salvator, no; no estoy loco, estoy envenenado; esa es la verdad.

Salvator dió un grito de sorpresa.

— La culpa es mia, dijo Masaniello. ¡Por qué puse yo los pies en su palacio! ¿Es ese el sitio de un pobre pescador como yo? ¡Por qué acepté su comida! El orgullo, Salvator, el demonio del orgullo me ha tentado, y he sido castigado.

— ¡Cómo! exclamó Salvator, ¿crees que habrán tenido la infamia...

— ¡Me han envenenado! replicó Masaniello con una voz mas fuerte todavia; me han envenenado dos veces: él y ella; él en un vaso de agua; ella con un ramillete. Para eso se llaman nobles, para eso se llaman duque y duquesa,

para envenenar á un pobre pescador lleno de confianza que cree en los juramentos y que se entrega sin desconfianza!

— No, no, dijo Salvator, te engañas, Masaniello, ese sol ardiente, esos trabajos asíduos, y esa vida de actividad intelectual que devoran aun á los mismos que están acostumbrados á ello, habrán atenuado momentáneamente tu cerebro y estraviado tu razon.

— Eso es lo que ellos dicen, bien lo sé, exclamó Masaniello; eso es lo que dicen ellos, y eso es lo que sin duda dirán las generaciones venideras, puesto que tú, mi amigo, tú, mi Salvator, tú, que estás ahí frente á mí, tú repites lo mismo, aunque te afirmo yo lo contrario. Me han envenenado con un vaso de agua y un ramillete: apenas respiré aquel ramillete, apenas bebí aquel vaso de agua, sentí perderse mi razon. Un sudor frio pasó por mi frente, la tierra me pareció que faltaba bajo mis pies; la ciudad, el mar, el Vesubio, todo daba vueltas delante de mí como en una pesadilla. ¡Oh! ¡miserables! ¡miserables!

Y una lágrima ardiente rodó por las mejillas del jóven napolitano.

— Si, si, dijo Salvator, sí; ahora veo que es verdad. Pero gracias á Dios, su trama ha sido frustrada; gracias á Dios, tú no estás loco; gracias á Dios, el veneno ha cedido sin duda á los remedios, y te has salvado.

— Si, respondió Masaniello, pero Nápoles es pérdida.

— Pérdida, ¿y por qué? preguntó Salvator.

— ¿Pues qué, no ves, respondió Masaniello, que ya no soy hoy lo que era antes de ayer? Cuando ordeno, el pueblo vacila. Se ha dudado de mí, Salvator, porque me han visto obrar como un insensato. Además, ¿no han hecho circular entre la multitud que yo queria hacerme rey?

— Verdad es, dijo Salvator con voz sombría, porque ese es el rumor que ha llegado hasta mí.

— ¿Y qué venias á hacer aquí? Veamos, habla francamente.

— ¿Qué venia á hacer aquí? dijo Salvator. Venia á asegurarme de si era cierto; y si era cierto, venia á darte de puñaladas.

— Bien, Salvator, bien, dijo Masaniello. Nos hubieran bastado seis hombres como tú, y no se hubiera perdido todo.

— Pero ¿por qué desesperas así? preguntó Salvator.

— Porque en el estado actual de las cosas, solo yo podría dirigir ese pueblo hácia el fin que probablemente conseguirá algun dia; y mañana, esta noche, dentro de una hora acaso, ya no estaré á su lado para dirigirle.

— ¿Y dónde estarás entonces?

Masaniello dejó vagar por sus labios una sonrisa profundamente triste, levantó por un momento sus miradas al cielo, y dirigiéndolas despues á Salvator:

— Me matarán, amigo mio, le dijo. Hace cuatro dias han intentado asesinar me, y no lo han conseguido porque no habis llegado mi hora. Antes de ayer me han envenenado, y si no han logrado hacerme morir, al menos me han vuelto loco. Este es un aviso de Dios, Salvator. Otra tentativa y será la última.

— Mas, ¿por qué una vez prevenido no tratas de librarte de sus asechanzas permaneciendo en tu casa?

— Dirán que tengo miedo.

— ¿O rodeándote de soldados siempre que salgas por la ciudad?

— Dirán que quiero hacerme rey.

— Pero no se creerá.

— ¡Tú los has creído, tú!

Salvator bajó su cabeza ruborizándose, porque habia tanta dulzura en la respuesta de Masaniello, que no era una acusación, sino una reconvencion amistosa.

— Pues bien, sea, respondió; cúmplase la voluntad de Dios.

Salvator Rosa se sentó junto al lecho de su amigo.

— ¿Cuál es tu intención? preguntó Masaniello.

— Permanecer cerca de tí, y participar de tu fortuna buena ó mala.

— Estás loco, Salvator, respondió Masaniello. Que yo, á quien el Señor ha señalado como su elegido, espere tranquilamente el cáliz que me resta que apurar, está bien; porque no puedo, no debo hacer otra cosa; pero tú, Salvator, á quien no lanza la fatalidad, á quien no liga ningún juramento, que tú quedes en esta infame Babilonia, es una locura, es una ceguedad, es un crimen.

— Sin embargo, me quedaré, dijo Salvator.

— Te perderás sin salvarme, y tu inútil adhesión es una tontuna.

— ¡ Suceda lo que quiera! replicó el pintor. Esa es mi voluntad.

— ¿Es esa tu voluntad? ¿y tus hermanas? ¿y tu madre? ¿Es esa tu voluntad! El día en que me reconociste como jefe, abandonaste tu voluntad para subordinarla á la mía. Pues bien; mi voluntad es, Salvator, que salgas al instante mismo de Nápoles, que vayas á Roma, te arrojes á los pies del Santo Padre, y le pidas sus indulgencias para mí, porque probablemente moriré sin que mis asesinos me concedan el tiempo necesario para ponerme bien con Dios. ¿Lo oyes? Esta es mi voluntad. Te lo mando como tu jefe, te conjuro á ello como tu amigo.

— Está bien, dijo Salvator, te obedeceré.

Y entonces desarrolló un lienzo, sacó de una bolsa que llevaba en su cintura los pinceles que, como su espada, jamás se separaban de él, y á la luz de la lámpara que ardía sobre la mesa, con mano firme y rápida, improvisó el hermoso retrato que todavía se ve hoy cerca de la entrada en la primera sala del Museo de los *Studi*, en Nápoles, y

en el que Masaniello está representado con un tinte sombrío, desnudo el cuello y en mangas de camisa.

Los dos amigos se separaron para no volverse á ver más. En aquella misma noche Salvator tomó el camino de Roma. En cuanto á Masaniello, fatigado con aquella escena, dejó caer la cabeza sobre su almohada, y se durmió.

Al día siguiente se despertó al sonido de la campana que llamaba á los fieles á la iglesia; se levantó, dijo su oración, se vistió con su sencillo traje de pescador, bajó, atravesó la plaza y entró en la iglesia del *Carmine*. Era el día de la festividad de la virgen del Monte Camelo. El cardenal Filomarino celebraba la misa; la iglesia rebosaba de gente.

Al ver á Masaniello le abrió paso la multitud. Terminada la misa, subió Masaniello al púlpito é hizo seña de que quería hablar. Inmediatamente se guardó un profundo silencio para oír lo que iba á decir.

— Amigos, dijo Masaniello con voz lánguida, pero tranquila; érais esclavos, yo os he hecho libres. Si sois dignos de esa libertad, defendedla, porque ahora ya solo á vosotros corresponde hacerlo. Os han dicho que yo quería hacerme rey: eso no es cierto, y lo juro por ese Cristo que quiso morir en la cruz para rescatar con el precio de su sangre la libertad de los hombres. Al presente todo ha concluido entre el mundo y yo. Un presentimiento me dice que me quedan ya muy pocas horas de vida. Amigos, recordad la única cosa que os he pedido, y que me habeis prometido: en el momento en que sepais mi muerte, rezad una *Ave Maria* por mi alma.

Todos los presentes se lo prometieron de nuevo. Entonces Masaniello hizo seña á la multitud de que saliera del templo, y la multitud se marchó; cuando hubo quedado solo, bajó del púlpito, fué á arrodillarse ante el altar de la Virgen, é hizo oración. Cuando levantó la cabeza, se llegó un hombre á decirle que el cardenal Filomarino le

II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1905 MONTERREY, MEXICO

esperaba en el convento para hablar con él acerca de los asuntos de Estado. Masaniello hizo seña de que iba á responder á la invitacion del cardenal. El mensajero desapareció.

Masaniello rezó todavía un Padre Nuestro y una Ave María, besó tres veces el amuleto que llevaba al cuello y con el que había sellado siempre los decretos; en seguida se dirigió hácia la sacristía. Al llegar allí oyó varias voces que le llamaban desde el claustro; se dirigió hácia el lado de donde salian aquellas voces, pero en el momento en que pisaba el dintel de la puerta, se oyeron tres disparos de fusil, y tres balas le atravesaron el pecho. Esta vez había llegado su hora: los tres disparos habían sido ciertos. Cayó pronunciando estas palabras únicamente:

— ¡Ah! ¡traidores, ingratos!

Había reconocido en los tres asesinos á sus tres amigos Cataneo, Renna y Ardizzone.

Ardizzone se aproximó al cadáver, le cortó la cabeza, y recorriendo toda la ciudad con aquel trofeo sangriento en la mano, fué á depositarle á los pies del virey.

El virey la miró un instante para asegurarse de que era la cabeza de Masaniello; en seguida, despues de haber mandado entregar á Ardizzone la recompensa convenida, hizo arrojar aquella cabeza en los fosos de la ciudad.

En cuanto á Renna y Cataneo, cogieron el mutilado cadáver y le arrastraron por las calles de la ciudad, sin que el pueblo, que tres dias antes hacia pedazos á los que habían intentado asesinar á su gefe, pareciese conmoverse de modo alguno con aquel terrible espectáculo.

Cuando se cansaron de arrastrar y de insultar aquel cadáver, como al pasar cerca de los fosos viesan su cabeza, arrojaron también el cuerpo en el foso, donde quedaron hasta el dia siguiente.

Al dia siguiente el pueblo volvió á sentir su amor á Masaniello. No se oían mas que lamentos y llanto por la ciu-

dad. Dedicáronse á buscar aquella cabeza y aquel cuerpo tan insultados la vispera: lo hallaron, y unidos uno á otra, colocaron el cadáver sobre unas angarillas, le cubrieron con un manto real, ciñeron su frente con una corona de laurel, le pusieron en la mano derecha el baston de mando, y en la izquierda su espada desnuda; luego le pasearon solemnemente por todos los cuarteles de la ciudad.

Viendo lo cual el virey envió ocho pages con una hacha de cera blanca en la mano cada uno para seguir el acompañamiento, y mandó á toda la gente de armas le saludase cuando pasara inclinando sus armas. De este modo le llevaron á la catedral de Santa Clara, donde el cardenal Filomarino dijo por su alma la misa de difuntos.

Por la tarde fué enterrado con las mismas ceremonias que había costumbre de practicar con los gobernadores de Nápoles ó para los príncipes de las familias reales.

Así concluyó Tomás Aniello, rey durante ocho dias, loco cuatro, asesinado como un tirano, abandonado como un perro, recogido como un mártir, y venerado desde entonces como un santo.

El terror que inspiró su nombre fué tan grande, que el decreto de los vireyes que prohibía dar á los hijos el nombre de Masaniello, existe todavía hoy en pleno vigor en todo el reino de Nápoles.

Así este nombre se ha guardado sin mancha y conservado puro á la veneracion de los pueblos.